

EVANGELISMO EN LA ACTUALIDAD



ARTHUR W. PINK (1886-1952)

EVANGELISMO EN LA ACTUALIDAD

Contenido

1. El gran designio de Dios3
2. El diseño equivocado del evangelismo moderno . 6
3. El verdadero evangelio..... 10
4. La naturaleza de la salvación..... 14
5. ¿Qué debemos hacer? 19

Tomado del inglés de *Present Day Evangelism* por Arthur Pink.

Copyright © 2025 Chapel Library.

Traducido y editado por Jorge E. Castañeda.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

En todo el mundo, descargue nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno, desde nuestro sitio web en Internet o comuníquese con el distribuidor internacional que se indica allí para su país.

En Norteamérica, para obtener copias adicionales de este folleto u otros materiales centrados en Cristo, por favor póngase en contacto con:

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666

chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

EVANGELISMO EN LA ACTUALIDAD

La mayor parte del llamado evangelismo de nuestros días es motivo de aflicción para los cristianos genuinos, pues sienten que carece de todo respaldo Escritural, que deshonra a Dios y que está llenando las iglesias de profesantes vacíos. Se escandalizan de que tanta superficialidad insustancial, tanta excitación carnal y tantos atractivos mundanos se asocien con el santo nombre del Señor Jesucristo. Lamentan la devaluación del Evangelio, el engaño de almas incautas, y la carnalización y comercialización de lo que para ellos es inefablemente¹ sagrado. No se necesita un discernimiento espiritual agudo para notar que las actividades evangelísticas de la cristiandad, durante el último siglo, han ido de mal en peor. Sin embargo, son pocos los que perciben la raíz de la que ha brotado tal mal. Su propósito era erróneo, y por tanto, su fruto es defectuoso. Nuestro empeño, ahora, será ponerlo en evidencia.

1. El gran designio de Dios

El gran designio de Dios, del cual jamás se ha desviado ni jamás se desviará, es glorificarse a sí mismo—manifestar ante sus criaturas cuán infinitamente glorioso es Él. Ese es el gran propósito y fin que tiene en todo lo que hace y dice. Por eso permitió que el pecado

¹ **inefablemente** – inexpresablemente, indeciblemente.

entrara en el mundo. Por eso quiso que su amado Hijo se encarnara, rindiera perfecta obediencia a la ley divina, padeciera y muriera. Por eso está sacando del mundo un pueblo para sí, un pueblo que eternamente proclame sus alabanzas. Para eso está ordenando todo por medio de sus tratos providenciales. Hacia eso está siendo dirigido todo en la tierra y ciertamente lo logrará. Nada distinto a eso es lo que regula a Dios en todas sus acciones: «Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén» (Ro. 11:36).

Esa verdad grande y fundamental está escrita a lo largo de las Escrituras con la claridad de un rayo de sol, y quien no la ve, es ciego. Todas las cosas son ordenadas por Dios para ese único fin. Su salvación de los pecadores no es un fin en sí mismo, pues Dios no habría perdido nada si todos ellos hubieran perecido eternamente. No, su salvación de pecadores es sólo un medio para un fin—«para alabanza de la gloria de su gracia» (Ef. 1:6). Ahora bien, de ese hecho fundamental se sigue necesariamente que nosotros debemos hacer de eso mismo nuestro propósito y fin: que Dios sea magnificado por nosotros—«Y todo lo que hagáis, hacedlo todo para la gloria de Dios» (1 Co. 10:31). Del mismo modo, también se sigue que ese debe ser el propósito del predicador, y que todo debe subordinarse a ello, pues todo lo demás es de importancia y valor secundario. Pero, ¿es así? Tomemos el último lema del mundo religioso: “Juventud para Cristo”. Bien, ¿qué hay de malo en eso? ¡Su énfasis! ¿Por qué no decir mejor: “Cristo para la juventud”?

Si el evangelista no hace de la gloria de Dios su objetivo supremo y constante, con certeza se desviará, y todos sus esfuerzos serán más o menos como golpear al aire. Cuando toma como fin algo menor que eso,

inevitablemente caerá en el error, pues ya no da a Dios el lugar que le corresponde. Una vez que fijamos *fines* propios, estamos listos para adoptar *medios* propios. Fue precisamente en este punto donde el evangelismo falló hace dos o tres generaciones, y desde allí no ha hecho sino alejarse cada vez más. El evangelismo hizo de “ganar almas” su meta, su *summum bonum*², y todo lo demás fue subordinado y puesto al servicio de ese fin. Aunque no se negaba expresamente la gloria de Dios, sí se perdió de vista, fue desplazada y reducida a un lugar secundario. Además, recordemos que Dios es honrado en la medida exacta en que el predicador se aferra a Su Palabra y proclama fielmente todo Su consejo, y no solamente aquellas porciones que le resultan agradables.

Sin hablar aquí de esos evangelistas de feria que no aspiran a más que empujar a las personas a hacer una profesión formal de fe para que se aumente la membresía de las iglesias, tomemos como ejemplo a aquellos que están inspirados por una genuina compasión y una profunda preocupación por los que perecen, que anhelan sinceramente y se esfuerzan con celo en librar a las almas de la ira venidera: a menos que estén muy alerta, también ellos errarán inevitablemente. A menos que contemplen la conversión tal como Dios lo hace—como el medio por el cual Él ha de ser glorificado—pronto comenzarán a hacer concesiones en los medios que emplean. El impulso febril del evangelismo moderno no es cómo promover la gloria del Jehová trino, sino cómo multiplicar conversiones. Toda la corriente de actividad evangélica durante los últimos cincuenta años ha tomado esa dirección. Al perder de vista el fin de Dios, las iglesias han ideado medios propios.

² **summum bonum** – el bien supremo.

Empeñados en alcanzar un objetivo deseado, se ha dado rienda suelta al obrar de la carne; y, partiendo de la suposición de que dicho objetivo era correcto, los evangelistas han concluido que cualquier medio que contribuyera a lograrlo no podía ser errado; y como sus esfuerzos aparentan ser sumamente exitosos, muchas iglesias consintieron en silencio, diciéndose a sí mismas: “el fin justifica los medios”. En lugar de examinar los planes propuestos y los métodos adoptados a la luz de la Escritura, fueron tácitamente³ aceptados sobre la base de su conveniencia. El evangelista fue estimado no por la solidez de su mensaje, sino por los “resultados” visibles que obtenía. Se le valoró no según cuánto honraba a Dios su predicación, sino por cuántas almas supuestamente se convertían bajo ella.

2. El diseño equivocado del evangelismo moderno

Una vez que un hombre convierte la conversión de los pecadores en su propósito principal y fin que lo consume todo, está sumamente propenso a adoptar un rumbo equivocado. En lugar de esforzarse por predicar la verdad en toda su pureza, la suavizará para hacerla más agradable al no regenerado. Impulsado por una sola fuerza, moviéndose en una dirección fija, su objetivo es facilitar la conversión, y por lo tanto se insiste incesantemente en pasajes preferidos (como Juan 3:16), mientras que otros se ignoran o se recortan. Esto inevitablemente repercute sobre su propia teología, y varios versículos de la Palabra son evitados, si no rechazados abiertamente. ¿Qué lugar dará en su

³ **tácitamente** – implícitamente, de manera tácita.

pensamiento a declaraciones como: «¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas?» (Jer. 13:23); «Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere» (Jn. 6:44); «No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros» (Jn. 15:16)?

Será fuertemente tentado a modificar la verdad de la elección soberana de Dios, de la redención particular de Cristo, y de la imperiosa necesidad de la operación sobrenatural del Espíritu Santo.

En el evangelismo del siglo veinte ha habido un lamentable descuido de la solemne verdad de la depravación total del hombre. Se ha subestimado por completo el caso desesperado y la condición del pecador. Muy pocos han enfrentado el hecho desagradable de que todo hombre está completamente corrompido por naturaleza, que es completamente inconsciente de su propia miseria, ciego e impotente, muerto en delitos y pecados. Y puesto que tal es su condición, y puesto que su corazón está lleno de enemistad contra Dios, se sigue que ningún hombre puede ser salvo sin la intervención especial e inmediata de Dios. De acuerdo con nuestra visión en este punto, así será en todos los demás. Calificar y suavizar la verdad de la depravación total del hombre inevitablemente llevará a diluir las verdades colaterales⁴. La enseñanza de la Sagrada Escritura en este punto es inequívoca: la situación del hombre es tal, que su salvación es imposible a menos que Dios manifieste su poder. Ninguna agitación de las emociones por medio de anécdotas, ningún deleite de los sentidos por medio de música, ninguna elocuencia del predicador, ningún llamado persuasivo es de la menor utilidad.

⁴ **colaterales** – paralelos, correspondiente.

En conexión con la antigua creación, Dios hizo todo sin ningún asistente. Pero en la obra infinitamente más grandiosa de la nueva creación, el evangelismo Arminiano de nuestros días da a entender que Él necesita la cooperación del pecador. En realidad, esto se reduce a esto: Dios es presentado como alguien que ayuda al hombre a salvarse a sí mismo; el pecador debe comenzar la obra volviéndose dispuesto, y entonces Dios completará el proceso. Sin embargo, sólo el Espíritu puede hacer que el pecador esté dispuesto en el día de su poder (Sal. 110:3). Solo Él puede producir dolor piadoso por el pecado y fe salvadora en el Evangelio. Solo Él puede hacer que dejemos de amarnos a nosotros mismos por encima de todo, y llevarnos a la sujeción al señorío de Cristo. En lugar de buscar la ayuda de evangelistas externos, que las iglesias se postren ante Dios, confiesen sus pecados, busquen Su gloria, y clamen por Sus operaciones milagrosas. «No con ejército (del predicador), ni con fuerza (de la voluntad del pecador), sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová» (Zac. 4:6).

Es generalmente reconocido que la espiritualidad está en un nivel muy bajo dentro de la cristiandad, y no pocos perciben que la sana doctrina está decayendo rápidamente; sin embargo, muchos del pueblo del Señor se consuelan suponiendo que el Evangelio aún está siendo predicado ampliamente y que un gran número de personas está siendo salvo por medio de él. ¡Ay!, tal suposición optimista no tiene buen fundamento y está edificada sobre la arena. Si se examina el “mensaje” que actualmente se predica en los centros evangelísticos, si se escrutan los “folletos” que se reparten entre las masas no evangelizadas, si se escucha con atención a los predicadores al aire libre, si se analizan los sermones o discursos de una “campaña de ganancia de almas”; en

resumen, si el “evangelismo” moderno es pesado en la balanza de la Sagrada Escritura, será hallado falto, careciendo de lo que es vital para una conversión genuina, careciendo de lo esencial para mostrar a los pecadores su necesidad de un Salvador, careciendo de aquello que produce las vidas transformadas de nuevas criaturas en Cristo Jesús.

No escribimos con un espíritu capcioso⁵, buscando hacer a un hombre ofensor por una palabra. No es que estemos buscando perfección y nos quejemos porque no la encontramos; ni que critiquemos a otros porque no hacen las cosas como pensamos que deberían hacerse. No, es un asunto mucho más serio que eso. El “evangelismo” actual no solo es superficial hasta el extremo, sino que está radicalmente defectuoso. Carece por completo de un fundamento sólido sobre el cual basar un llamado eficaz a los pecadores para que vengan a Cristo. No solo se advierte una lamentable desproporción —la misericordia de Dios es presentada con mucho más énfasis que su santidad, y su amor exaltado muy por encima que su ira—, sino también una omisión fatal de aquello que Dios ha ordenado para impartir convicción de pecado. No solo hay una introducción reprensible de “cantos alegres”, chistes graciosos y anécdotas entretenidas, sino que también se observa una omisión deliberada del trasfondo oscuro sobre el cual, y únicamente sobre el cual, el Evangelio puede resplandecer con eficacia.

Pero, tan grave como es esta acusación, es apenas la mitad del problema—el lado negativo, lo que falta. Aún peor es lo que está siendo vendido por los evangelistas de feria de nuestros días. El contenido positivo de

⁵ **capcioso** – hecho solo para discutir o encontrar faltas.

su mensaje no es más que lanzar polvo a los ojos del pecador. Su alma es adormecida por el opio del diablo, administrado en una forma que no despierta sospechas. Aquellos que realmente reciben el “mensaje” que hoy se predica desde la mayoría de los púlpitos y plataformas “ortodoxos” están siendo fatalmente engañados. Es un camino que al hombre le parece derecho, pero a menos que Dios intervenga soberanamente con un milagro de gracia, todos los que lo siguen descubrirán ciertamente que su fin es camino de muerte. ¡Decenas de miles que imaginan con plena confianza que están camino al cielo recibirán un terrible desengaño cuando despierten en el infierno!

3. El verdadero evangelio

¿Es el Evangelio un mensaje de buenas nuevas desde el cielo para hacer que los rebeldes que desafían a Dios se sientan cómodos en su maldad? ¿Se ha dado con el propósito de asegurarles a los jóvenes amantes del placer que, con tal de que “crean”, no tienen nada que temer en el futuro? Ciertamente, uno pensaría que sí, al ver la manera en que el Evangelio es presentado —o más bien pervertido— por la mayoría de los “evangelistas”, y más aún al observar las vidas de sus “convertidos”. Seguramente, quienes tengan un mínimo de discernimiento espiritual deben percibir que asegurarles a tales personas que Dios los ama, que Su Hijo murió por ellos, y que un perdón completo por todos sus pecados (pasados, presentes y futuros) puede obtenerse simplemente “aceptando a Cristo como su Salvador personal”, no es sino arrojar perlas delante de los cerdos.

El Evangelio no es algo aislado. No es algo independiente de la revelación previa de la Ley de Dios. No

es un anuncio de que Dios ha relajado Su justicia o rebajado Su estándar de santidad. Muy por el contrario, cuando el Evangelio es expuesto conforme a las Escrituras, presenta la demostración más clara y la prueba climatérica⁶ de la inexorabilidad⁷ de la justicia divina y del infinito aborrecimiento de Dios hacia el pecado. Pero para exponer bíblicamente el Evangelio, los jóvenes imberbes y los hombres de negocios que dedican su tiempo libre al “esfuerzo evangelístico” están totalmente descalificados. ¡Ay!, cuán a menudo el orgullo de la carne permite que tantos incompetentes se lancen donde aun los más sabios temen pisar. Es esta multiplicación de novatos la que es en gran parte responsable de la lamentable situación que ahora enfrentamos, y el hecho de que las iglesias y congregaciones estén en gran medida llenas de sus “convertidos” explica por qué son tan poco espirituales y tan mundanas.

No, querido lector, el Evangelio está muy, muy lejos de minimizar el pecado. El Evangelio nos muestra cuán severamente trata Dios el pecado. Nos revela la espada terrible de Su justicia cayendo sobre Su amado Hijo para que se hiciera expiación por las transgresiones de Su pueblo. Lejos de dejar de lado la ley, el Evangelio exhibe al Salvador soportando su maldición. El Calvario proveyó la manifestación más solemne e imponente del odio de Dios hacia el pecado que el tiempo o la eternidad puedan mostrar jamás. ¿Y piensas tú que el Evangelio es magnificado, o que Dios es glorificado, yendo hacia los mundanos y diciéndoles que “pueden ser salvos en este momento con tan solo aceptar a Cristo como su Salvador personal” mientras siguen apegados a sus ídolos y sus

⁶ **climatérica** – crucial, decisivo.

⁷ **inexorabilidad** – implacabilidad.

corazones aún aman el pecado? Si hago tal cosa, les miento, pervierto el Evangelio, insulto a Cristo y convierto la gracia de Dios en libertinaje.

Sin duda, algunos lectores estarán listos para objetar nuestras declaraciones “duras” y “sarcásticas”, preguntando: Cuando se planteó la pregunta: «¿Qué debo hacer para ser salvo?» (Hch. 16:31), ¿no respondió un apóstol inspirado diciendo expresamente: «Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo»? ¿Podemos entonces errar si hoy decimos lo mismo a los pecadores? ¿Acaso no tenemos respaldo divino para hacerlo? Es cierto, esas palabras se encuentran en la Sagrada Escritura, y precisamente por ello muchos superficiales y no instruidos concluyen que están justificados en repetirlas a todo el mundo sin distinción. Pero conviene señalar que Hechos 16:31 no fue dirigido a una multitud promiscua⁸, sino a un individuo particular, lo que de inmediato indica que no se trata de un mensaje para ser proclamado de manera indiscriminada, sino más bien de una palabra especial dirigida a aquellos cuya condición se asemeja a la del hombre a quien fue pronunciada por primera vez.

Los versículos de la Escritura no deben ser arrancados de su contexto, sino sopesados, interpretados y aplicados de acuerdo con su marco textual; y esto requiere consideración en oración, meditación cuidadosa y estudio prolongado. La falta de esto es lo que da origen a estos “mensajes” pobres y sin valor propios de esta era apresurada. Miremos el contexto de Hechos 16:31, ¿y qué encontramos? ¿Cuál fue la ocasión, y a quién fue que el apóstol y su compañero dijeron: «Cree en el Señor Jesucristo»? Allí se nos da una respuesta en

⁸ **promiscua** – mezclado, sin distinción, variado.

siete puntos, que suministra una delineación⁹ completa e impactante del carácter de aquellos a quienes se nos autoriza a dar esta genuina palabra evangelística. Mientras mencionamos brevemente estos siete detalles, que el lector los considere con detenimiento.

Primero, el hombre a quien se le hablaron estas palabras acababa de presenciar el poder milagroso de Dios: «Entonces sobrevino de repente un gran terremoto, de tal manera que los cimientos de la cárcel se sacudían; y al instante se abrieron todas las puertas, y las cadenas de todos se soltaron» (Hch. 16:26). Segundo, como consecuencia de esto, el hombre fue profundamente conmovido, hasta el punto de la desesperación: «Sacando la espada, se iba a matar, pensando que los presos habían huido» (v. 27). Tercero, sintió la necesidad de iluminación: «Entonces, pidiendo luz» (v. 29). Cuarto, su autocomplacencia fue completamente quebrantada, pues «se presentó temblando» (v. 29). Quinto, tomó su lugar adecuado delante de Dios—en el polvo—porque «se postró a los pies de Pablo y de Silas» (v. 29). Sexto, mostró respeto y consideración por los siervos de Dios, pues «sacándolos» (v. 30). Séptimo, entonces, con profundo interés por su alma, preguntó: «Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?» (v. 30).

Aquí, entonces, tenemos algo concreto que nos sirve de guía, si estamos dispuestos a ser guiados. No se exhortó a “simplemente creer” a un hombre frívolo, descuidado o indiferente, sino a uno que mostraba claras evidencias de que una obra poderosa de Dios ya se había realizado en él. Era un alma despertada (v. 27). En su caso no era necesario insistirle sobre su condición de perdido, pues evidentemente lo sentía; ni los

⁹ **delineación** – esbozo, descripción general.

apóstoles necesitaban instarle al deber del arrepentimiento, porque toda su actitud indicaba su contrición. Pero aplicar las palabras que se le dirigieron a él a personas que están totalmente ciegas a su estado depravado y completamente muertas hacia Dios, sería más necio que poner sales aromáticas en la nariz de alguien que acaba de ser sacado inconsciente del agua. ¡Que el crítico de este artículo lea el libro de los Hechos y vea si puede encontrar un solo caso en que los apóstoles se dirigieran a una audiencia indiscriminada o a un grupo de paganos idólatras y simplemente les dijeran que creyeran en Cristo!

4. La naturaleza de la salvación

Así como el mundo no estaba preparado para el Nuevo Testamento antes de recibir el Antiguo, así como los judíos no estaban listos para el ministerio de Cristo hasta que Juan el Bautista fue delante de Él con su clamoroso¹⁰ llamado al arrepentimiento, así también los no salvos hoy no están en condiciones para recibir el Evangelio hasta que la ley haya sido aplicada a sus corazones, porque «por medio de la ley es el conocimiento del pecado» (Ro. 3:20). ¡Es una pérdida de tiempo sembrar semilla en un terreno que nunca ha sido arado o cavado! Presentar el sacrificio vicario¹¹ de Cristo a aquellos cuya pasión dominante es saciarse de pecado, es dar lo santo a los perros. Lo que los inconversos necesitan oír es acerca del carácter de Aquel con quien tienen que ver, de Sus demandas sobre ellos, de Sus justas exigencias, y de la infinita enormidad de ignorarlo y seguir su propio camino.

¹⁰ **clamoroso** – urgente, que exige atención.

¹¹ **vicario** – vicario, sustitutorio.

La naturaleza de la salvación de Cristo está lamentablemente mal representada por el “evangelista” moderno. Él anuncia un Salvador del infierno más que un Salvador del pecado. Y por eso tantos están fatalmente engañados, pues hay multitudes que desean escapar del lago de fuego, pero no tienen ningún deseo de ser librados de su carnalidad y mundanalidad. Lo primero que se dice de Él en el Nuevo Testamento es: «Y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo (no “de la ira venidera”, sino) de sus pecados» (Mt. 1:21). Cristo es un Salvador para aquellos que reconocen, aunque sea en parte, la extrema pecaminosidad del pecado; que sienten el peso terrible del mismo sobre su conciencia, que se aborrecen a sí mismos por causa de él, que anhelan ser liberados de su terrible dominio. Él no es Salvador de ningún otro. Si Él “salvara del infierno” a aquellos que aún aman el pecado, sería un ministro de pecado, aprobando su maldad y poniéndose de su lado contra Dios. ¡Qué cosa tan indescriptiblemente horrible y blasfema sería atribuir tal cosa al Santo!

Si el lector exclama: “Yo no era consciente de la atrocidad¹² del pecado ni me sentía abrumado por la culpa cuando Cristo me salvó.” Entonces respondemos sin titubeo: o nunca has sido salvo en absoluto, o no fuiste salvo tan temprano como pensabas. Es cierto que, a medida que el cristiano crece en la gracia, tiene una comprensión más clara de lo que es el pecado—rebelión contra Dios—y un odio y dolor más profundo por él. Pero pensar que alguien pueda ser salvado por Cristo cuando su conciencia nunca ha sido herida por el Espíritu, y su corazón no ha sido quebrantado delante de Dios, es imaginar algo que no tiene existencia

¹² **atrocidad** – crueldad, maldad extrema.

real. «Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos» (Mt. 9:12). Los únicos que realmente buscan alivio del gran Médico son los que están enfermos del pecado—los que anhelan ser liberados de sus obras deshonrosas contra Dios y de sus contaminaciones que corrompen el alma.

En la medida en que la salvación de Cristo es una salvación del pecado—del amor al pecado, de su dominio, de su culpa y de su castigo—entonces se sigue necesariamente que la primera gran tarea y la obra principal del evangelista es predicar acerca del PECADO: definir qué es el pecado (en contraste con el crimen). Debe mostrar en qué consiste su infinita enormidad, rastrear sus múltiples manifestaciones en el corazón, señalar que nada menos que el castigo eterno es su justo merecimiento. ¡Ah! pero predicar acerca del pecado—no simplemente lanzar algunas generalidades piadosas al respecto, sino dedicar sermón tras sermón a explicar lo que el pecado es a los ojos de Dios—¿acaso eso lo hará popular o atraerá multitudes? No, no lo hará; y sabiendo esto, aquellos que aman más la alabanza de los hombres que la aprobación¹³ de Dios, y que valoran más su salario que las almas inmortales, ajustan sus velas en consecuencia. “¡Pero esa clase de predicación alejará a la gente!” Respondemos: ¡Mucho mejor alejar a la gente mediante una predicación fiel, que alejar al Espíritu Santo por complacer¹⁴ infielmente a la carne!

Los términos de la salvación de Cristo están erróneamente formulados por el evangelista moderno. Con

¹³ **aprobación** – aprobación, visto bueno, beneplácito.

¹⁴ **complacer** – complacencia en deseos injustos, adulación baja, satisfacción de deseos impuros.

muy raras excepciones, dice a sus oyentes que la salvación es por gracia y que se recibe como un regalo gratuito, que Cristo ha hecho todo por el pecador, y que no queda más que “creer”, confiar en los méritos infinitos de Su sangre. Y esta concepción ha llegado a ser tan ampliamente aceptada en los círculos “ortodoxos”, ha sido repetida tantas veces a sus oídos, ha echado raíces tan profundas en sus mentes, que hoy se ha vuelto peligroso cuestionarla. Denunciarla como tan inadecuada y unilateral que resulta engañosa y errónea es, para quien lo haga, exponerse inmediatamente a la acusación de hereje. Podría ser acusado de deshonar la obra consumada de Cristo al inculcar¹⁵ la salvación por obras. No obstante, el autor está dispuesto a correr ese riesgo.

La salvación es por gracia, solo por gracia, porque una criatura caída no puede hacer nada para merecer la aprobación de Dios ni ganar Su favor. No obstante, la gracia divina no se ejerce a expensas de la santidad, pues nunca se compromete con el pecado. También es cierto que la salvación es un don gratuito, pero debe ser recibido con una mano vacía, ¡y no con una mano que aún se aferra fuertemente al mundo! Pero no es cierto que “Cristo ha hecho todo por el pecador.” Él no llenó su vientre con las algarrobas que comían los cerdos para luego encontrarlas insatisfactorias. Él no dio la espalda al país lejano, ni se levantó ni fue al Padre confesando sus pecados—esas son acciones que el pecador mismo debe realizar. Es cierto, no será salvo por el hecho de hacerlas, así como el hijo pródigo no pudo recibir el beso ni el anillo del Padre mientras permanecía a una distancia culpable de Él.

¹⁵ **inculcar** – imprimir mediante repetición.

Se necesita algo más que “creer” para la salvación. Un corazón endurecido en rebelión contra Dios no puede creer salvíficamente—primero debe ser quebrantado. Está escrito: «Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente» (Lc. 13:3). El arrepentimiento es tan esencial como la fe, sí, la fe no puede existir sin el arrepentimiento: «No os arrepentisteis después para creerle» (Mt. 21:32). El orden es claramente establecido por Cristo: «Arrepentíos, y creed en el evangelio» (Mr. 1:15). El arrepentimiento es una repudia del pecado desde el corazón. El arrepentimiento es una determinación del corazón de abandonar el pecado. Y donde hay verdadero arrepentimiento, la gracia está libre para actuar, porque los requerimientos de la santidad se mantienen cuando el pecado es renunciado. Así, es deber del evangelista clamar: «Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia» (Is. 55:7). Su tarea es llamar a sus oyentes a deponer las armas de su guerra contra Dios y luego implorar misericordia por medio de Cristo.

El camino de la salvación está falsamente definido. En la mayoría de los casos, el “evangelista” moderno asegura a su congregación que todo lo que cualquier pecador necesita hacer para escapar del infierno y asegurarse el cielo es “recibir a Cristo como su Salvador personal”. Pero tal enseñanza es completamente engañosa. ¡Nadie puede recibir a Cristo como Salvador mientras lo rechaza como Señor! Es cierto que el predicador añade que quien acepta a Cristo también debería rendirse a Él como Señor, pero arruina todo de inmediato al afirmar que, aunque el convertido no lo haga, de todos modos, el cielo está garantizado para él. ¡Esa es una de las mentiras del diablo! Solo aquellos que están espiritualmente ciegos declararían que

Cristo salvará a quienes desprecian Su autoridad y rehúsan Su yugo. ¡Pero, estimado lector, eso no sería gracia, sino una desgracia: implicaría acusar a Cristo de poner un premio a la iniquidad!

Es en su oficio de Señor que Cristo mantiene el honor de Dios, sirve¹⁶ a Su gobierno, y hace cumplir Su Ley; y si el lector examina los pasajes donde aparecen ambos títulos (Lc. 1:46-47; Hch. 5:31; 2 P. 1:11; 2:20; 3:1), encontrará que el orden siempre es “Señor y Salvador”, y no “Salvador y Señor”. Por tanto, quienes no se han inclinado ante el cetro de Cristo ni lo han entronizado en sus corazones y vidas, y sin embargo se imaginan que están confiando en Él como su Salvador, están engañados, y a menos que Dios los desengañe, descenderán a las llamas eternas con una mentira en su diestra (Isaías 44:20). Cristo es «autor de eterna salvación para todos los que le obedecen» (Hb. 5:9), pero la actitud de aquellos que no se someten a su señorío es: «No queremos que este reine sobre nosotros» (Lc. 19:14). Detente, pues, lector, y enfrenta con honestidad esta pregunta: ¿Estoy yo sujeto a Su voluntad? ¿Estoy procurando sinceramente guardar Sus mandamientos?

5. ¿Qué debemos hacer?

¡Ay, ay!, el camino de salvación de Dios es hoy casi completamente desconocido, la naturaleza de la salvación de Cristo es casi universalmente malentendida, y los términos de Su salvación están tergiversados por todas partes. El “evangelio” que se proclama hoy es, en nueve de cada diez casos, una perversión de la verdad, y decenas de miles, seguros de que van camino al cielo,

¹⁶ **sirve** – útil para, promueve, favorece, contribuye a.

se apresuran rumbo al infierno tan rápido como el tiempo los pueda llevar. Las cosas están mucho, muchísimo peor en la cristiandad de lo que incluso el pesimista o el alarmista imaginan. No somos profetas, ni nos entregaremos a ninguna especulación sobre lo que predice la profecía bíblica. Hombres más sabios que el autor han hecho el ridículo por hacerlo. Francamente confesamos que no sabemos lo que Dios está por hacer. Las condiciones religiosas eran mucho peores, incluso en Inglaterra, hace ciento cincuenta años. Pero esto tememos mucho: que a menos que Dios se digne conceder un verdadero avivamiento, no pasará mucho tiempo antes que «las tinieblas cubran la tierra, y oscuridad las naciones» (Is. 60:2), porque la luz del verdadero Evangelio está desapareciendo rápidamente. El “evangelismo” moderno constituye, en nuestro juicio, la más solemne de todas las “señales de los tiempos”.

¿Qué debe hacer el pueblo de Dios ante la situación actual? Efesios 5:11 da la respuesta divina: «No participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas»; y todo lo que se oponga a la luz de la Palabra es “tinieblas”. Es el deber obligatorio de todo cristiano no tener ningún trato con el monstruo “evangelístico” de nuestros días, retener todo apoyo moral y financiero a tal obra, no asistir a sus reuniones, ni distribuir sus tratados. Aquellos predicadores que dicen a los pecadores que pueden ser salvos sin abandonar sus ídolos, sin arrepentirse, sin rendirse al señorío de Cristo, son tan erróneos y peligrosos como aquellos que insisten en que la salvación es por obras y que el cielo debe ganarse mediante nuestros propios esfuerzos.

